

T H E S A V R V S

BOLETÍN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

TOMO XLIII Mayo-Diciembre de 1988 NÚMEROS 2 y 3

En el centenario de Eduardo Santos

APUNTES SOBRE LA VIDA Y LAS POESÍAS DE GIACOMO LEOPARDI *

Cuando por primera vez me pidió la ilustre Directora de este Museo que dictara aquí una conferencia, me pareció fácil excusarme; pero a poco me di cuenta de que no era capaz de resistir a la suave y encantadora tiranía de Isabel Lleras. Ni siquiera una razón, que creía muy poderosa, pudo salvarme; al contrario, acabó de quitarme todo pretexto para la excusa: le pregunté si recordaba la definición que el diccionario Larousse da de “conferencia” y me dijo que no. Conferencia — dice el Larousse — es una disertación amena y superficial sobre tema conocido. Con ese argumento, que creí definitivo en mi favor, me convenció ella de que, si eso era así, no había de costarme mayor esfuerzo; que podía

* Conferencia dictada por don Eduardo Santos el 3 de diciembre de 1960 en el Museo Literario del Instituto Caro y Cuervo, en Yerbabuena. El Museo, creado por el Instituto y aprobado mediante Resolución ministerial del 26 de septiembre de 1956, fue confiado a la dirección de doña Isabel Lleras de Ospina en 1960. En diciembre del mismo año se organizó un ciclo de conferencias, que se inició con la pronunciada por el doctor Santos sobre Leopardi. Publicamos hoy, por vez primera, dicha conferencia con ocasión del primer centenario del nacimiento del doctor Eduardo Santos (28 de agosto de 1888 - 27 de marzo de 1974). En 1987 se cumplieron ciento cincuenta años de la muerte de Giacomo Leopardi, uno de los grandes de la poesía universal, quien tanto influyó en algunos intelectuales colombianos, como don

venir aquí sin fatigante preparación ni considerable trabajo, y quedé sin armas para defenderme. Aquí estoy, pues, pero conste que de lo que aquí resulte esta tarde es ella la única responsable.

Celebro mucho haberle oído ahora la lista de los conferencistas que van a sucederme. Es siempre un consuelo pensar que las cosas irán en ascenso, ya que el descenso sería bien difícil, porque yo voy simplemente a conversar con ustedes sobre un poeta favorito, a procurar que lo recordemos juntos y nada más. A despecho de Isabel, preparé cuidadosamente una serie de apuntes que facilitarían mi tarea, pero me ocurrió lo que siempre ocurre a las personas fundamentalmente desordenadas y a quienes además les va fallando la memoria. Sobre mi mesa quedaron esos apuntes y acabo de darme cuenta de ese pequeño desastre. No me queda otro recurso que fiarme de mis recuerdos, por fortuna ni pocos ni superficiales.

Por lo demás, creo que la casi totalidad de ustedes sabe de Giacomo Leopardi tanto como yo, y no voy a decir nada nuevo. Nadie ignora que él nació en Recanati, en las Marcas de Ancona, no lejos del Mar Adriático, el 29 de junio de 1798 y murió en Nápoles el 14 de junio de 1837, poco antes de cumplir treinta y nueve años. Que consagró su existencia dolorosa a las letras y a la poesía; que el desafortunado estudio

Antonio Gómez Restrepo. Entre los espíritus selectos que supieron admirar al poeta de Recanati se encuentra Eduardo Santos, quien se ufana de sus "cincuenta años de leopardismo". De sus conocimientos y de su sentido estético dio prueba, con fácil espontaneidad, en esta charla improvisada, ante un reducido auditorio. Hemos conservado, sin retoques, la forma y peculiaridades de su disertación, tomada de la grabación magnetofónica que entonces se hizo. Fue transcrita por doña Alicia García de Torres Quintero y revisada por el propio autor, quien introdujo algunos cambios y correcciones.

Este extraordinario documento, que fluyó de lo íntimo de su sensibilidad y de su erudición, es una de las pocas manifestaciones literarias de un escritor dedicado primordialmente a los temas políticos. En su extensa bibliografía se encuentran escasos títulos de carácter literario. Esta conferencia nos revela que, a pesar de sus múltiples intereses, en el fondo de su espíritu se mantenía viva su decidida vocación por la literatura. La cual era conocida por sus amigos y, de fama, por sus contemporáneos. Las presentes páginas ofrecen hoy el testimonio concreto de que el doctor Santos, como otros ilustres presidentes de Colombia, atemperó y enriqueció su actividad con el cultivo de las letras humanas (N. de la R.).

juvenil arruinó para siempre su salud, cuando apenas si tenía diez y ocho años, y que fueron la incomprensión de los suyos, la pobreza, la soledad, constantes compañeras de su desventurada vida.

No es costumbre dedicar una conferencia y sin embargo lo voy a hacer; voy a dedicar ésta a mi maestro de italiano, a quien me puso en el camino de conocer y amar la poesía italiana y las cosas de Italia, hace más de cincuenta y cinco años: al doctor Ricardo Hinestrosa Daza, aquí presente.

Por allá a principios de 1906, un pequeño grupo de aficionados a la literatura pidió al doctor Hinestrosa que les enseñara italiano y él accedió con su característica amabilidad. Con él me unían viejas relaciones de nuestros padres y una comunidad de ideas y sentimientos sobre casi todas las cosas colombianas que, para fortuna mía, en larga y estrecha amistad se ha ido fortaleciendo más y más. No pequeña parte de las cosas que voy a decir aquí de Leopardi son, doctor Hinestrosa, recuerdo de nuestros estudios, de las horas que dedicamos a saborear el arte infinito del poeta de Recanati. Después tuve otro profesor, a quien quiero recordar también: Enrique Costa, italiano auténtico, de la más pura raza florentina, ligado a la egregia familia de Miranda. Vino aquí a vivir unos años cerca de su hermana, María Costa, esposa de Roberto Suárez y uno de los más admirables tipos de mujer que yo haya conocido. Tuve el honor de ser amigo de ella en Nueva York; a los setenta y cinco años de su edad conservaba un encanto y una seducción extraordinarios; todo lo que uno se imagina de lo que podían ser las grandes damas del Renacimiento lo encarnaba María Costa, con perfecta elegancia, que por perfecta era sencilla.

Nuestros estudios de italiano, querido doctor Hinestrosa, no fueron muy lejos; entonces no tenía usted todavía la hercúlea salud que hoy ostenta, y algún accidente, una caída de caballo, si no recuerdo mal — imperdonable y explicable en el más ilustre e infatigable de los peatones —, lo redujo al lecho y puso fin a nuestras clases. Pero no a nuestros entusiasmos. A esa edad — yo estaba lejos todavía de los veinte años — no tenían ellos límite. Recuerdo que me dediqué a

estudiar unos cien tercetos de la *Divina Comedia*, del primer Canto, traduciéndolos palabra por palabra y aprendiéndolos de memoria. Más tarde comprendí que no había entendido casi nada de su hondo sentido. Las palabras, el sabor de la poesía sí lo entendí, pero no fue el Dante quien nos abrió anchas las puertas de la poesía italiana. Fue Leopardi; eran sus hermosísimos cantos patrióticos los que recitábamos en nuestra clase con mayor entusiasmo. Después mis gustos cambiaron; llegué a encontrar esos cantos, pórtico de la poesía de Leopardi, un tanto retóricos, demasiado influenciados por las literaturas clásicas y hasta algo declamatorios. Para otro cualquiera, magníficos, pero Leopardi había de subir más alto y de producir obras mucho más bellas y eternas.

En mi amor por Leopardi tenía que figurar la visita a Recanati. Que yo sepa, allá no había ido antes, entre los colombianos, sino don Antonio Gómez Restrepo, inolvidable e inolvidado, a quien hay que citar siempre cuando de Leopardi se trate. Dedicó él dos sonetos a su visita y luego realizó la tarea inmensa de traducir toda la obra del poeta italiano. Mi mujer y yo fuimos una mañana, hace cuatro años, a golpear a la puerta del palacio Leopardi; nada ha cambiado allí. A través de dos siglos se conservan intactos el palacio y la pequeña placita al frente; la iglesia, la casa de Silvia, la terraza desde donde la miraba el poeta. Entramos, vimos los tres cuartos de la enorme biblioteca formada por el Conde Monaldo. Ahí la modesta mesa donde trabajaba Leopardi; bajo una pequeña copa de vidrio, los claveles, ya reducidos a polvo, que un día dejara Giosuè Carducci, cuya presencia en ese lugar habría escandalizado terriblemente a los viejos Leopardi, fieros enemigos de cuanto él creía y amaba con belicoso entusiasmo. Allí se veían también dos pequeñas y pobres mantas con que el poeta trataba de abrigarse en los glaciales inviernos de Recanati, que no lograban suspender sus colosales trabajos. Además, las mesas de los bibliotecarios y preceptores, miles de libros, muchos excelentes pero no escogidos con discernimiento, ya que el Conde Monaldo solía comprar bibliotecas en bloque, aunque era sí hombre culto y estudioso, sin llegar nunca a cumbre alguna. Un rincón de

fines del siglo XVIII, donde flota en todas partes la sombra doliente del poeta y del sabio.

Pero no satisfizo eso nuestra amorosa curiosidad y resolvimos intentar una visita a la casa toda, en la cual, durante más de veinte años, vivió Leopardi. Se nos dijo que en el segundo piso vivía la señora Marquesa, viuda de un descendiente directo del hermano de Giacomo. Le solicité una entrevista, en tarjeta llena de impresionantes títulos, y nos recibió gentilmente. Pasamos con ella largo rato inolvidable. Por fortuna, la Marquesa era muy amiga de hablar y nosotros encantados de que hablara todo el tiempo. Nos mostró la casa, el jardín en donde se conserva intacto cuanto evocara el poeta en sus famosas "Remembranzas"; el cuarto donde vivían los niños, contiguo al de la tremenda madre, por donde tenían que pasar forzosamente para que ella controlara todos sus actos.

La señora Marquesa profesaba amor inmenso al poeta, pero no a los demás. Refiriéndose a la hermana Paolina decía: "Era bruttissima" — feísima —, y mostraba un retrato que la sacaba verdadera; terriblemente fea e inteligentísima era la sorella Paolina. El Conde Monaldo, el padre, tampoco encontraba piedad a sus ojos. "Aquí nada estaba a la altura del poeta — decía —, aquí, fuera de él, no valía nada nadie. ¡Ah!, pero el poeta. ¡Qué prodigio!" Admirable esa viejecita, pequeñita, que hablaba francés perfectamente, como todas las aristócratas italianas de otros tiempos y que nunca había querido salir de Italia. "¿Para qué — nos decía —, si en Italia podemos ver todo lo que se puede ver en el extranjero? Sobre todo aquí en las Marcas, que son lo mejor de Italia". Y nos ponderaba su tierra y nos detallaba sus encantos y nos enseñaba todos los lugares que la presencia de Leopardi inmortalizó, y nos atendía con gracia exquisita. Conservamos así de esa casa el más grato de los recuerdos y la más intensa de las emociones; porque allí se siente vivir a Leopardi, como en todas las calles de Recanati.

En el centenario de su muerte se grabaron en pequeñas placas de mármol versos referentes a cada lugar que se visita: la "torre antica", "Silvia", el "ermo colle". Todo allí evoca

esa existencia prodigiosa e infinitamente dolorosa. La vida, por fortuna, tiene esos desquites y esas rectificaciones. En un acceso de ira, recordando Leopardi las crueles mortificaciones de que le hicieran víctima sus coterráneos, escribió en una brevísima nota autobiográfica: "Nací de familia noble en la más innoble ciudad de Italia". Al final de su vida la recordaba con nostalgia y en varias cartas habla de ella cariñosamente. Y Recanati, cuyas calles lo vieron correr, entre canallescas risotadas, huyendo de las pedradas de feroces chicuelos, hoy lo tiene por su más glorioso hijo y le rinde perpetuo homenaje.

Tuvo la desgracia de que fuera su padre un ser extrañísimo, difícil de definir, porque ofrecía los más contradictorios aspectos: la casa Leopardi era la más rica de Recanati y sin embargo él encontró manera de arruinarse en empresas absurdas, en deshacer matrimonios a que se precipitaba sin pensarlo y que después declaraba inadmisibles, pero quedando obligado a pagar sumas enormes para libertarse de sus compromisos. Al fin encontró a la Condesa Adelaida Antici, que había de dominarlo todo. El Conde Monaldo, incorregible grafómano, escribía sin descanso cuantas cosas le pasaban por la cabeza, con criterio fanático, abundante documentación y escasa inteligencia; escribía innumerables cartas y extensas autobiografías, en donde se encuentran impresionantes conceptos sobre su terrible esposa. Después de hacer grandes elogios de sus virtudes, que existían y eran duras y agresivas; de su piedad religiosa, que era exaltada y ciega, de su implacable austeridad, agrega: "Confieso, sin embargo, que mi madre me suplicó que no me casara con ella y lloraba la pobre vieja desesperadamente, porque yo no le hacía caso. Siempre el desobedecer a la madre trae gravísimas consecuencias; bien caro me costó el haberlo hecho". La señora Adelaida tenía un férreo carácter, una total carencia de ternura; una ambición única: restablecer la posición de la casa Leopardi. Al marido lo redujo a la congrua porción; obtuvo que le quitaran el libre manejo de sus bienes y ella asumió la dirección de todo y todo lo manejaba con máximo rigor. En una carta de Paolina a su amiga Mariana Brighenti, le dice: "No sé cómo pudo pasar, pero muy pronto a mi papá se le enre-

daron los pantalones en las faldas de mi mamá y jamás se pudo libentar”. La Condesa Adelaida resolvió conservar la fachada de la familia Leopardi y en apariencia nada se alteró; ni los cuatro eclesiásticos profesores, ni los dos cocheros, ni el servicio numeroso, ni la posición social. Pero dentro de la casa reinaba una avaricia, una intransigencia feroz en materia de gastos, que redujo a la familia a constantes y crueles privaciones. No había allí calefacción. Al pobre Giacomo se le vistió casi desde niño con una ridícula sotana semi-religiosa, porque era lo más barato. Él y su hermano Carlos confesaban que hasta los veinte años jamás habían tenido un centavo siquiera de que pudiesen disponer a su antojo y carecían de toda libertad. En ese hogar, severo y sombrío, nunca hubo para los niños calor humano, jamás una caricia, nunca placeres que pudieran costar algo, ni alegre ambiente. Leopardi dejó una página escalofriante sobre lo que era la Condesa Adelaida, su madre. Sin nombrarla, la describe: “He conocido una señora para quien toda ternura era contraria a lo que debe ser la educación; no pensaba sino en el más allá y al más allá sacrificaba todo lo del más acá. Si se moría un niño era obligatorio alegrarse, porque de esta manera se libraba de los azares de la existencia y se iba derecho al cielo. Creía necesario no hacer nada que pudiera despertar malos sentimientos y entre ellos lo que más aborrecía era que sus hijos pudieran ser vanidosos, presuntuosos, orgullosos. No perdía ocasión de demostrarles que ni valían nada ni servían para nada; de contarles las cosas que contra ellos se decían, de deprimirlos, de reprocharles cuanto hacían, de reducir a la nada sus aspiraciones; rechazaba todo lo que pareciera cariño, ponía en la educación una severidad sin atenuaciones”. Página reveladora de cuanto hay de trágico en la infancia de un niño tiranizado en esa forma espantable. No sospechaba la intratable señora que tenía entre sus manos un ser de sensibilidad extraordinaria, enfermiza, y además un auténtico genio.

A los diez años se consagró Leopardi a estudiar con sus cuatro preceptores eclesiásticos, y a los pocos meses los había ya perdido de vista, porque sabía más que todos juntos. En

muy poco tiempo aprendió el griego, el latín, el francés, el alemán, el inglés, el español, y no sólo eso, sino que se convirtió en eminentísimo filólogo. Cuando envió sus primeros estudios a Academias extranjeras no podían creer que se tratase de un niño; pensaban que era un viejo erudito, e ilustres profesores alemanes no vacilaron en declarar que era el más grande filólogo de Italia y uno de los más grandes de Europa. ¡Y no había cumplido diez y ocho años! Tenía la pasión frenética del estudio sin límites. Pasaba días y noches sobre los libros, presa de una exaltación permanente y con un amor delirante casi a las ideas y a las ciencias. Así perdió el pobre toda la salud que tenía. Se conocen cartas suyas a los diez y doce años de edad, y era un chico alegre, impetuoso, que gustaba de juegos un poco brutales con sus hermanos, pero poco a poco todo se fue reduciendo al estudio. Su hermano Carlos cuenta cómo se despertaba y lo veía a altas horas de la madrugada, “a la fioca lucerna poetando”, con escasisíma luz, acurrucado en su cama, escribiendo, estudiando, pensando.

Poco antes de cumplir veinte años fue a verlo un grande italiano, Pietro Giordani, veinte años mayor que él pero que anhelaba ver y oír ese fenómeno. Se habían cruzado ya varias cartas. Giordani era hombre entusiasta, generoso, capaz de admirar sin límites lo que merecía admiración, e hizo el largo viaje a Recanati sólo por conocerlo; supo Leopardi que había llegado su amigo y se precipitó corriendo a recibirlo al hotel y detrás el Conde Monaldo, su padre, quien lo primero que hizo fue reprenderlo severamente, delante de Giordani, porque era la primera vez que había salido a la calle sin permiso, sin ir acompañado por sus padres o sus preceptores. ¡A los veinte años jamás el pobre Leopardi había podido recorrer solo las calles de Recanati! ¡Tenía un concepto de la disciplina el señor Monaldo no ya del siglo XVIII sino de las más bárbaras épocas! No se daba cuenta de que su hijo le era infinitamente superior; quería someterlo a sus maneras de pensar y de sentir, sin conseguir otra cosa que un profundo desdén, velado por un respeto aparente, pero que se transparentaba bien claro en sus cartas.

Durísima fue la lucha de Leopardi por salir del asfixian-

te medio familiar, por conocer otros ambientes, otras cosas y sobre todo a sus amigos, a sus egregios amigos de Milán, de Florencia, de Roma. No pudo lograrlo sino tras cuatro años de esfuerzos. Su padre, que gozaba de muchas influencias, lo mantenía arraigado en Recanati. Por ahí en 1820 logró Leopardi tenerlo todo listo para la fuga, pero a última hora lo descubrió su padre y la casa, que era ya un convento, se convirtió en cárcel. Apelaba el Conde Monaldo a todos los recursos para cortarle las alas; se valía de la censura, que era celosísima, para impedirle publicar sus versos y obtener el indispensable pasaporte. Al fin, en noviembre de 1822, cuando ya pasaba de los veinticuatro años, pudo el poeta salir por primera vez de su pueblo y viajar a la Roma papal.

Pero ya no sólo su salud estaba absolutamente perdida sino también su carácter. En total desacuerdo con sus padres, por quienes sentía un respeto basado en constante temor, se había encerrado en un silencio hosco, tenaz, antipático, del cual no se pudo ya desprender a lo largo de su existencia. Era una especie de introspección obligatoria. Comprendía que no tenía cerca a nadie con quién pudiera hablar. Adoraba a su hermano Carlo, que valía poco, a su hermana Paolina, muy culta y muy inteligente, pero cuya vida amargó y esterilizó el adusto rigor materno. Les escribía cartas llenas de cariño y de entusiasmo, pero no se le escapaba la cruel verdad. Además envenenó terriblemente su infancia y su juventud la crueldad infantil, que suele ser tan impiadosa. Del pobre Leopardi se burlaban los niños inicuaamente. Poco a poco, con el pasar doce o quince horas diarias estudiando sobre un escritorio, en un medio inclemente, le fueron saliendo dos jorobas y entonces no podía salir a la calle porque perversos niños lo perseguían gritándole: "¡El jorobado!, ¡el jorobado!". Eso, a un ser de la inverosímil sensibilidad de Leopardi, causaba pena sin límites. Acabó por encerrarse. Encerrarse físicamente para evitar esos encuentros; encerrarse espiritualmente para no tener que conversar ni con su padre ni con su madre. Y, al mismo tiempo, hervían en su cerebro y en su corazón emociones, sentimientos, ideas, anhelos, amores...

Sus cartas son verdaderamente patéticas, como lo son los infinitos apuntes que dejó en lo que él llamaba "Zibaldone" (una especie de puchero, en nuestra lengua; un *pot pourri*). En los cuadernos así llamados —el diario de su alma y de su vida—, llegó a escribir más de cuatro mil doscientas páginas con todas sus impresiones y experiencias, con todos sus dolores, con todo lo que no podía conversar ni comunicar a nadie. Hay allí verdaderos alaridos de desesperación, de pesar. El quería otro medio, necesitaba estar con otras personas, y no se le permitía. El carácter de la implacable madre no se dulcificó jamás. Quince o veinte años después de la muerte de su portentoso hijo, fue a visitar su casa natal un numeroso grupo de estudiantes idólatras del poeta, cuya fama crecía todos los días. Los recibió de pies la señora Condesa y al verla un joven exaltado se arrodilló y exclamó: "¡Dios bendiga a la madre que dio tal gloria a Italia!". La Condesa murmuró: "Que Dios lo perdone...", y haciendo leve reverencia se retiró, secamente. Comentaba Carducci indignado: «Si al menos hubiera dicho "que Dios lo haya perdonado!..."». La Condesa no cedió nunca, ni comprendió nunca.

Su tío Antici, que vivía en Roma, le aconsejaba sin cesar que tuviera moderación en sus estudios, que se dedicara a pasear, a divertirse. Ya no era hora; ya su organismo estaba completamente destrozado y no logró nada Antici con su familia para que le dieran un poco más de amplitud en su vivir. El Marqués Antici era una de esas personas bondadosas en apariencia, fáciles en dar consejos, pero no en prestar apoyo eficaz. Toda su ayuda a Leopardi se limitó a admoniciones, a palabras, pero jamás a una cosa efectiva que hubiera podido mejorar su suerte.

Esa infancia, esos primeros años, esa destrucción de su salud, ese chocar sentimentalmente con cuanto lo rodeaba, explican mucho de la vida posterior de Leopardi. No fue él un pesimista de razonamiento, fue un pesimista de desencanto. Las cartas en que pide amor, compañía, afectos, demuestran un corazón lleno de ímpetus hacia lo que pudiera dulcificar tan triste existencia, pero a cada tropezón con la

realidad, las ilusiones que pudiera tener morían, una tras otra, y quedaban sólo sus dolores, sus desengaños, sus fracasos.

* * *

¿Cómo era Leopardi? Tuvo ya al final de su vida un amigo, el famoso Antonio Ranieri, tan discutido, elogiado por muchos, severamente criticado por otros, pero que ahora ya tiene un saldo grandemente favorable, porque con todos sus defectos y errores y exageraciones napolitanas, fue un sincero y ardiente amigo de Leopardi y alivió muchas de sus penas y le dio algunos de los pocos ratos gratos que el poeta pudo tener en su vida. Dice de Leopardi en el libro que más tarde le dedicó: "Era de mediana estatura, agachado y flaco, palidísimo, de cabeza grande y frente amplia, con lánguidos ojos azules, facciones finas, nariz prominente; hablaba en voz baja y débil, pero tenía una sonrisa indescriptiblemente celestial". Lo malo era que la sonrisa la vieron pocos. Esa su tristísima juventud le había dado un complejo — como dicen ahora —; en las reuniones sociales Leopardi permanecía aislado y sombrío; no hablaba casi con nadie, rara vez sonreía. No era de los que hacen amigos; al contrario. Para penetrar en la intimidad espiritual de Leopardi se necesitaban grandes esfuerzos. Y otra circunstancia terrible: su superioridad inmensa sobre los demás, superioridad que él sentía y que era un hecho. Eso, agregado a su frialdad, cavaba nuevos abismos.

Algún día se encontró en una reunión literaria con Manzoni; se saludaron cortésmente; el gran Manzoni no sospechó lo que era e iba a ser Leopardi. Leopardi sí sabía lo que Manzoni valía y le dirigió unas frases respetuosas pero frías. Poco después Manzoni, que era hombre buenísimo, de corazón generoso, a más de gran poeta y gran patriota, decía a un amigo: "No sé cómo pueden decir que Leopardi es poeta. ¿Dónde está la poesía de Leopardi?". Incomprensión casi increíble en hombre de la talla mental de Manzoni.

Extraño encuentro ese, de las dos principales figuras literarias de Italia en el siglo XIX. La equivocación fundamental

fue de Manzoni, que entonces estaba en plena gloria, y era objeto de admiración clamorosa, de culto ferviente. El otro, pobre y enfermo, solitario, conocido de pocos, sombrío. El gran Manzoni no sospechó siquiera que estaba ante una de las tres grandes e inmortales figuras de la poesía italiana: Dante, Petrarca, Leopardi. No advirtió que era éste uno de los poquísimos poetas de la especie humana que, como de Vigny decía Sainte Beuve, “a veces tocan las estrellas con la frente”. El celebérrimo autor de “I promessi sposi” no se dio tampoco cuenta de que lo saludaba quien a poco andar habría de ser por todos los críticos considerado —por obras maestras de las cuales no tenemos hoy tiempo para hablar— como prosista sin rival, como el creador de la moderna prosa italiana. Años más tarde —hace un siglo— en el fervor de las luchas por el Risorgimento y cuando ya era inmensa la fama del hijo de Recanati, cuenta Carducci que las juventudes revolucionarias cantaban una breve canción que terminaba: “A la iglesia a rezar con Manzoni; a la calle a luchar con Leopardi”.

* * *

¿Cuáles eran los males que agobiaban a Leopardi? Todos los médicos coinciden en que no se trataba de una enfermedad sino de varias, intensificadas por la aguda neurastenia que desde muy joven padeció. Su digestión era pésima, y no la aliviaba el peor de los regímenes alimenticios imaginables; lo torturaban constantes jaquecas y poco a poco fue perdiendo los ojos, lo cual lo hacía sufrir más que todo, pues le impedía casi totalmente en los últimos años trabajar como él quería. Sufría de catarros crónicos, de asma. Sus jorobas le comprimían el pecho y le afectaban mucho el corazón y la respiración. Al final se le hinchaban tanto los pies que casi no podía caminar, y sus insomnios eran crueles. De todo eso lo libertó al fin un colapso cardíaco, en medio del pánico que azotaba a Nápoles en esos días por una epidemia de cólera sin precedentes. Nunca se ha podido saber con certeza si sus restos mortales fueron a dar a la fosa común, como era de

regla en esas horas trágicas, o si, como Ranieri lo afirma, pudieron ser depositados en la Iglesia de San Vitale y reposan hoy cerca de los de Virgilio, en uno de los más bellos sitios de Nápoles, frente al mar. Pero se perdieran o no, allí vive y se agiganta su figura, al lado, orgullosamente, de la del máximo poeta latino.

* * *

Su rectitud y su buena fe intelectual le atraían enemigos implacables como Niccolò Tommaseo, en su tiempo gran patriota italiano, gran latinista, que tuvo un encuentro con Leopardi, involuntario por parte de éste. Había escrito Tommaseo un libro sobre Cicerón; lo pasó a Leopardi la casa editora para que diera un concepto. Leopardi lo dio de muy buena fe, sin ninguna palabra irrespetuosa. En el libro de Tommaseo encontró muchos errores filológicos y los anotó. Pero hubo otra cosa peor: Tommaseo quería corregir los discursos de Cicerón; sostenía que eran malos discursos de abogado y que los discursos buenos han debido ser de tal y de tal manera; le trazaba pautas a Cicerón y le decía cómo ha debido proceder para ser realmente un grande orador forense. Sobre esto escribió tres o cuatro líneas Leopardi, justa y merecidamente irónicas. “Es preferible que no nos metamos a corregir la oratoria de Cicerón”. Tommaseo jamás lo perdonó. Era hombre sensual, gordo, impetuoso, apasionado, y se dedicó a mortificar a su justiciero censor con agresiones de vil crueldad. En algún poema dice Leopardi que desearía ser un ave, un águila, y su enemigo le disparó unos venenosos versitos: “¿Para qué quieres serlo?, si ya eres un murciélago; conténtate con ser un murciélago y no aspire a más”. Los insultos eran frecuentísimos, verdadera persecución de resentido. Le pagaba bien Leopardi esos sentimientos con una antipatía análoga, pero no era el fuerte de él la agresión.

El castigo del señor Tommaseo está en el concepto que de él tiene la posteridad. En Venecia hay una estatua de él, en plaza muy frecuentada; feísima (por el estilo de una con que afligieron al arrogante doctor Concha en el patio de San

Francisco). Y la mayoría de quienes pasan exclaman: “¡Ah!, ¡éste era el enemigo de Leopardi!”. Es lo único que se recuerda de él. Los que somos frenéticos leopardianos no pasamos por ahí sin dedicarle en voz baja algunas frases injuriosas, porque Leopardi le debió muchos días amargos, y Tommaseo, que sabía de la sensibilidad infinita del poeta, se aprovechaba mezquinamente de eso para hacerlo sufrir con torpes burlas y soeces agravios.

Fue un autor desgraciado. Estuvo siempre lejísimo de lo que hoy llaman un “best seller”; difícilmente se vendían poquísimos libros suyos y la suerte tuvo con él todas las crueldades. De pronto su padre escribió un libro de tesis morales y políticas las más reaccionarias, las más terriblemente cavernícolas, diríamos hoy, que se puedan concebir; animado por tremendo odio a todas las libertades, a cuanto se refiriese a los derechos de los pueblos y a la patria italiana. A él no le entraba en la cabeza eso de la patria italiana. Creía que la patria debía ser sólo el lugar donde uno vive: Recanati, en el caso preciso del Conde Monaldo; lo demás, no. Esas glorias de Italia, que tan fervorosamente cantaba en versos hermosísimos su hijo Giacomo, eran para él pecaminosas, dignas de toda censura. Los ultraderechistas de la época hicieron intensa propaganda a ese libro. Se publicaron seis ediciones: se tradujo al inglés, al francés, al alemán, como valioso elemento de lucha antirrevolucionaria y, para colmo, se propaló falazmente la noticia de que esa era obra del Conde Giacomo Leopardi; que se había arrepentido de graves errores y había cambiado de manera de pensar. Leopardi dirigió a su padre una carta seca, respetuosa, fría y categórica, diciéndole: “No quiero que se me confunda. Esas ideas tuyas no son las mías”. Y a sus amigos de Florencia les declaraba, rabiosamente: “Todo en ese folleto es abominable”. Escribía a cuantos podía rechazando toda participación o solidaridad con esa obra de su padre, que criticaba con áspera severidad. Y, ya exasperado, escribía a uno de sus primos en Roma pidiéndole que en “El Diario de Roma” publicase una rectificación categórica. Le decía: “No puedo aguantar más. No puedo seguir con la

mancha de haber escrito ese infame, infamísimo y perverso libro”.

Muy enfermo, casi ciego, pobrísimo, viviendo de los pequeños trabajos que podían darle librereros amigos, así fueron pasando los años para Leopardi en medio de la tristeza, de la soledad, con una vida absurda desde el punto de vista higiénico, pero explicable por la falta total de recursos. A Recanati, después de su salida de allí a fines de 1822, no regresó sino raras veces, y nunca después de abril de 1830. En los últimos siete años de su existencia no volvió a ver a nadie de su familia. Vivió en Roma, en Florencia, en Milán, en Bolonia, en Pisa, en Nápoles, cada vez más enfermo. Y, a pesar de todo, escribía sin cesar. De esa época es su “Zibaldone”, la más perfecta historia de un alma que se pueda concebir. Leyéndola, no puede uno menos de advertir extraños parecidos con una persona totalmente distinta de él, Marcel Proust; la misma introspección permanente, análoga neurastenia; idéntica vida nocturna absurda; dolencias persistentes; nervios siempre a flor de piel; el mismo análisis implacable de los sentimientos, de las emociones, de cuanto pudiera ocurrirles, real o imaginariamente. Los dos se colocaban permanentemente sobre la mesa de disección a tratar de definir lo que sentían y lo que pensaban. Claro que hay una distancia inmensa entre el analista infatigable del snobismo, rico y mundano, que dejó las más extraordinarias páginas sobre el máximo vicio contemporáneo, y el otro que casi sólo en las cosas eternas pensaba. Pero en el fondo, ese inclinarse sobre sí mismo era igual en uno y otro; ese tremendo descuido personal, mucho peor en Leopardi, pero que en Proust en el fin de su vida también alcanzó dolorosos extremos; ese afán por terminar una obra; esa sensibilidad exasperada; todo establece cierta semejanza entre el francés que cada día crece en la opinión pública, que vivía entre un círculo de fanáticos admiradores y cuya familia lo rodeó siempre de amorosos cuidados, y el pobre hijo de Recanati que había de vivir y morir casi solo, casi olvidado, soportando una serie interminable de amarguras.

Uno de los aspectos fundamentales de todo estudio de Leopardi es lo referente al amor, "Il *pensiero* dominante". El amor predominó en toda la vida de Leopardi; no concebía la existencia sin él. Pero en Leopardi era el más platónico que haya podido imaginarse; platónico con un agravante: que además era apasionada y sensibilísimamente humano. No era una idea abstracta como solía ser en el Dante con su Beatriz, o en Petrarca con su Laura. No. Leopardi se enamoraba loca y concretamente de las creaciones de su imaginación.

Cuando se estudian esos arranques de amor que eternizarán el nombre de Leopardi, se encuentran cosas sorprendentes.

"Il primo amore", del cual decía: "Ohimè, se quest'è amor, com'ei travaglia!", lo sintió por una prima suya que llegó al palacio Leopardi y estuvo allí dos noches y dos días, y con la cual apenas si pudo hablar. Era la Condesa Geltrude Lazzari, naturalmente mayor que él; iba con una niñita, su hija, que llevaba al colegio de Recanati; y era mujer muy hermosa. La vio en la mesa; la vio jugando ajedrez con los señores de la casa; conversó con ella pocas palabras y se enamoró perdidamente. De ella, no. De algo que tenía relación con ella. Y escribe entonces el diario de ese amor, un diario fervoroso, en que de pronto dice: "¿Qué será lo que me está pasando, que me acuerdo perfectamente de su marido, de la cara de su marido, del aspecto de su marido, pero de ella no? ¿Cómo era ella?". Y empieza a tratar de ver si puede saber cómo era ella... Durante siete, ocho días, ese amor crece, como en una obsesión, en proporciones extraordinarias, pero ella ya se ha ido. Después comienza, poco a poco, a olvidarla, pero también a transformar ese amor en algo que no tiene sino vaga semejanza con la señora Condesa.

Así fueron casi todos los grandes amores de Leopardi. El de Silvia, que nos ha conmovido a todos: aquella pobre costurera, hija de un cochero de la casa Leopardi, a quien él veía frente a su casa, que enfermó de tuberculosis y murió y a quien Leopardi se dedicó a añorar años después de su muerte. Nunca le dirigió la palabra, pero hablaba al ser creado por su imaginación apasionada.

Silvia, rimembri ancora
 Quel tempo della tua vita mortale,
 Quando beltà splendea
 Negli occhi tuoi ridenti e fuggitivi,
 E tu, lieta e pensosa, il limitare
 Di gioventù salivi?

 Lingua mortal non dice
 Quel ch'io sentiva in seno.

En su “Zibaldone” aparece que casi no la había visto; desde la terraza de la casa paterna alguna vez, pero evolucionaba en él ese sentimiento de la única mujer amada — “la donna che non si trova” —, y la iba reemplazando materialmente con visiones fugitivas de jóvenes que pasaban frente a él y a las cuales él poco a poco iba dando una realidad, superior a la realidad real, que él creaba fuerte, grande, intensa, sin que lo sospecharan esas muchachitas. Lo mismo pasó con Nerina, que en realidad se llamaba Brini, la de “Le Ricordanze”, a la cual parecía estar ligada tanta parte de su vida.

Sobre ella tiene en el “Zibaldone” una página realmente encantadora. Le interesaban mucho las muchachas de origen humilde con que ocasionalmente se encontraba; las seguía con la vista y las convertía en objeto de sus sueños. «Después de verlas pasar — dice —, me ponía a pensar en lo que nos diríamos si estuviésemos juntos; pero si encontraba a alguna de ellas, no nos saludábamos y yo, amargado, me decía luego: “Pero qué tonto eres; ella no piensa en ti sino en otras cosas y, además, francamente, a ti no te importa mucho. Mira que no has cambiado con ella nunca ni una palabra”». Esas eran confesiones que Leopardi se hacía a sí mismo. En la referente a la Brini (Nerina), dice: “En una tarde de mayo estaba yo en las afueras de la ciudad, cerca de un bosquecillo y allí tuve mi deseada visión de la Nerina: miraba hacia atrás, hacia un amigo suyo de quien se acababa de despedir y luego apresuraba el paso casi hasta correr; tenía un vestido rojo y un alegre pañuelo en la cabeza y en un momento, cuando ella volvió a mirar, sus ojos se encontraron con los míos y

nuestras miradas se cruzaron. Era alegre e inquieta; cuando iba a ver los juegos de pelota saltaba de un lado a otro y esa tarde, al encontrarse mis ojos con los de ella, fugazmente, sentí que mi espíritu subía a grandes alturas y comprendí que el amor podría hacerme capaz de grandes cosas y hacer de mí un héroe y hasta matarme”.

Más tarde cuenta que la volvió a encontrar, pero que no se saludaron. Y otro día dice: “Me saludó amablemente; por lo menos yo lo creí así. Volví muchas veces al lugar en donde la conocí, por ver si nos encontrábamos otra vez, pero ya no la volví a ver nunca”. Ni la vuelve a citar. En cambio, en “Ricordanze” ese encuentro cerca de un bosque, ese saludo ocasional, se convierten en un amor inmenso por la señora de sus pensamientos.

Y así sucede con otra niña de Pisa, una pobre jovencita del hotel, alegre, graciosa, a quien veía en los corredores y que probablemente jamás supo cómo se llamaba el señor Conde, pero le servía de pretexto para sus ilusiones y para sus amores platónicos.

Algunos otros, como el de la Condesa Malvezzi, eran brotes literarios. En Italia eran frecuentes los círculos literarios en esa época y los poetas eran muy bien recibidos. Esta señora Condesa Malvezzi, fecunda escritora de quien hoy nadie se acordaría si no fuera por su intriga con Leopardi, sí entendió la grandeza del poeta y trató de conquistarlo. Parece que él se dejó atraer, pero poco después dice en una carta a uno de sus amigos: “Sé que la señora Malvezzi ha publicado un nuevo libro. Povera donna”. Es su único comentario...

En su “Zibaldone”, en sus cartas, todo eso se explica. Es el mayor caso de platonismo ardiente que registre la vida literaria. Tenía el desventurado poeta tal capacidad para el sentimiento, imaginación tan viva y cálida, que aun en cosas triviales de la vida cotidiana creía advertir “las cosas originales celestes de que, según Platón, son copias, y casi siempre malas copias, las cosas terrenales”.

“Para un hombre imaginativo y sensitivo — agregaba —, que haya vivido, como yo, sintiendo e imaginando constan-

temente, el mundo y sus objetos materiales son, en cierta manera, dobles. Ve con sus ojos unas torres, un paisaje. Sus oídos oyen el tañido de las campanas, pero al mismo tiempo sus ojos y sus oídos ven y oyen otra cosa”.

Théophile Gautier decía: “Soy uno de los pocos seres para quien el mundo exterior existe. Yo sé ver y oír...”. Leopardi ha podido decir exactamente lo contrario: todo en él era vida interior, sueños, ideas. Esas eran sus realidades. Lo demás...

Pero había de caer al fin el poeta en los amores realmente humanos, al lado de esos amores divinos. Se encuentra de pronto con Fanny Targioni. Era la esposa de un importante médico de Florencia. Gozaba de mucho prestigio entre ciertos círculos de aquella ciudad como mujer graciosa, elegante, alegre, de no muy arreglada conducta. Uno de sus amigos dice, con curiosa benevolencia: “Le atribuyen generalmente cuatro amantes; creo que es exagerado. Probado no está sino de dos, y además es muy buena con su marido”. Esta señora Fanny estaba encaprichada con Antonio Ranieri y lo perseguía sin cesar, pero Ranieri a su vez, una especie de Casanova napolitano del siglo diez y nueve, estaba locamente enamorado de una actriz. Leopardi se vio mezclado en esos enredos y acabó enamorándose en serio de Fanny. Esta vez sí de verdad y muy de cerca, viéndola casi a diario. Fanny resolvió explotar al pobre artista. No cesaba de pedirle autógrafos y Leopardi los solicitaba a todo el mundo para llevárselos. Hacía cualquier cosa con tal de complacerla, y empezaron entonces para el pobre poeta las tristes claudicaciones de ciertos amores no compartidos. El amante platónico estaba listo a aceptarlo todo, aun lo más turbio, como era el aprovecharse del amor de ella por Ranieri, para poder verla y hablarle. Hasta le servía de conducto para llevar cartas a Ranieri y para tratar de convencerlo de que debía abandonar a la otra. Todo lo hacía Leopardi tan sólo para poder estar cerca de esa amada, quien con sus íntimos lo llamaba mi jorobadito. “Il mio gobbetto”, cosa que no supo Leopardi sino más tarde.

En una ocasión los directores de una universidad femenina francesa, “Les Annales”, tuvieron la extravagante idea

de llamar a Colette para que diera una conferencia sobre el amor. Escabrosísimo tema en semejante colegio y por semejante escritora, una de las más grandes de la lengua francesa, pero también de las menos escrupulosas. Yo fui a esa conferencia, y decía Colette: "Tranquilícense las muchachas, que me han dado precisas instrucciones; tengo muchas limitaciones y voy a hablar aquí de una manera inofensiva". Cuando, de pronto, se debió olvidar de aquello y exclamó: "Es un error pensar que el amor sea causa de buenos sentimientos. Al contrario. Los grandes amores son los productores de los peores sentimientos; los grandes amores lo llevan a uno a hacer las peores cosas; las más bajas, las más indisculpables". ¡Pobre Leopardi!, eso le estaba ocurriendo con Fanny; su posición llegó a ser muy equívoca. Pero un día resolvió sacudir el yugo y escribió su famoso poema "Aspasia" en que rompe con la mujer a quien creía haber idolatrado, la declara indigna de su amor y dice que lo que él había pensado y sentido y siente es otra cosa: sus amores platónicos, jamás este abismo en que se está hundiendo. La Fanny, que era, además de hermosa e inescrupulosa, muy viva, como se dice en Bogotá, en una carta a Ranieri le pregunta: "Díme, por favor, ¿quién es la Aspasia de Leopardi?, ¿a quién se refiere?". Y le contesta Ranieri: "No seas cínica, tú sabes de sobra que eso es para ti, que eres tú la Aspasia".

Esa fue la breve etapa, dolorosamente humana, que sirvió a Leopardi de pretexto para un poema célebre y vengativo, pero que no figura entre sus mejores obras. Carducci decía: «el "Consalvo" y "Aspasia" son poemas románticos, barnizados, sensibleros». Siendo de Leopardi, necesariamente hay en ellos cosas magníficas, pero no a la altura de lo que el poeta podía hacer.

Y cayó Fanny en el olvido, y siguió Giacomo Leopardi amando y esperando "la donna che non si trova"; firme en su platonismo ardoroso e invencible, hasta morir.

Le confieso, querido doctor Hinestrosa, que a lo largo de mis cincuenta años de leopardismo he llegado a sentir cierta frialdad por las odas patrióticas y franco desvío por los poemas burlones; el poeta no estaba llamado a conquistar

glorias por medio de la ironía. En cambio, las diez y ocho o veinte poesías líricas, "Los Idilios", para mí están en la más alta cumbre de la poesía universal.

Todo está allí: los más profundos e intensos sentimientos de amor que puedan registrarse; las más bellas estrofas que haya escrito mortal alguno. Poesía a base de sencillez celestial. Nada allí de estridente, ningún arranque de elocuencia pomposa, ningún truco efectista, ni vanos oropeles: es la poesía pura. Un gran crítico italiano habla de "la divina pobreza del estilo de Leopardi" y dice: "Pobreza de archimillonario que, sobre sus millones, se dedica a vivir una vida sencilla". Nadie más sabio que Leopardi, nadie con mayores conocimientos filológicos y sin embargo su léxico es uno de los más pobres de la poesía italiana: se reducía a pocas palabras escogidas por él con minucioso esmero. Hay poemas como el brevísimo "L'Infinito", del cual han quedado diez o doce versiones. Infatigablemente corregía, con el criterio de Paul Valery, según el cual entre dos palabras hay que escoger siempre la menor, la más discreta. Buscando la sencillez pasaba días y meses. Los poemas en él se iban elaborando lentamente. De ciertos cantos, como "Silvia", "Le Ricordanze", "L'Infinito", se ven los orígenes años atrás. Primero el esbozo del poema, en prosa; nace alguna emoción que otros olvidarían en pocas horas. Él la guarda en un rincón de su alma adolorida y, poco a poco, va creciendo, se va desarrollando, va haciéndose el poema lentamente. ¿Qué resulta? Que el poeta, prodigiosamente conocedor de los clásicos, llega a la diafanidad griega. Los poemas de Leopardi son lo que pueden ser la Venus de Milo o la Fanciulla de Anzio: obras sin adornos, esbeltas, infinitamente hermosas, pero con una hermosura hecha de claridad, de intenso sentimiento de la belleza pura. Todo lo que se ha llamado el legado griego a la humanidad puede decirse que está reunido en esos veinte poemas de Leopardi, familiares a veces, como cuando habla de la tarde del sábado en el pueblo; del regreso de las muchachas con flores y ramos; del obrero que trabaja solitario en su taller para poder entregar su obra antes del alba; de las viejecitas sentadas en un quicio devanando sus recuerdos juveniles. Todo eso en ciertos

momentos tiene casi aspecto de conversación y, sin embargo, es resultado de meses y años de trabajo. En esos versos, intraducibles, hay algo de la música de las esferas, algo del *quid divinum*, un conjunto armonioso y sobrio en el fondo y en la forma, que da la plena sensación de lo perfecto.

A algún amigo que le pidió versos para cierto acontecimiento familiar, le contestó: "No podré dárselos nunca; yo, versos de circunstancias no escribo. Necesito ir dejando que lentamente eso se elabore en mi espíritu, en mi subconsciente, y que de pronto empiece a salir y yo a pulirlo; no para ponerle adornos sino para quitárselos y dejarlo desnudo como una estatua de mármol". Ese es el legado de Leopardi, que no advirtieron los contemporáneos, ni la posteridad olvidará.

Erudito como pocos, letrado hasta los huesos, saturado de libros y de ciencias, mostró en su "Zibaldone" con seguro gusto, su predilección por la anónima poesía popular. Esa que Rodríguez Marín acabó de revelar para cuantos hablan castellano, y que constituye el más rico tesoro de nuestra literatura, lo que le da indiscutiblemente una primacía tan dudosa en otros campos. Leopardi cita con deleite algunos de esos cantares, por ejemplo:

Fàcciate a la finestra, Luciola,
Ecco che passa lo ragazzo tuo
E porta uno canestro pieno d'uova
Mantato colle pampane dell'uva.

Y estos dos versos adorables, que oyó cantar una noche frente al palacio Leopardi y solía repetir al acostarse para tener buenos sueños:

Io benedico chi t'ha fatto gli occhi,
Chi te l'ha fatti tanto innamorati...

Los libros no habían podido marchitar los ardores de esa alma vibrante, siempre a caza de bellezas y emociones y vida.

Una de sus más melancólicas cartas la escribió Leopardi en sus últimos días a un admirador francés, joven desconocido

que en vehemente epístola le decía cuánto lo admiraba y cuán grande lo ve de lejos, y le contesta: "No. Yo no soy poeta. Yo quise ser poeta, pero no pude serlo. Mis versos son apenas preludios...".

Decía eso tres o cuatro meses antes de su muerte. Así fue llegando el pobre poeta al amarguísimo final napolitano. Escribió a sus padres, a Recanati, otra carta, la última, llena de emoción. Una despedida quizás inconsciente, en que olvidando todos sus justos rencores, sus quejas, los atroces años primeros, las duras horas del hogar hostil y de lo que en brote explicable llamara "natio borgo selvaggio", dice en breves frases su ternura, su anhelo de retornar a la tierra a pasar entre los suyos los días finales. Pobre poeta maravilloso, siempre sediento de amor...

En Nápoles al principio se libertó un poco de sus complejos; salía libremente por las calles, desconocido y solo; o no lo molestaban por las jorobas o ya no le importaba. Se sentaba en el fondo oscuro de un café, en donde comía sin cesar helados, uno tras otro. Era ese uno de sus caprichos. Contemplaba silencioso el tráfago ruidoso y alegre de los muelles napolitanos; veía pasar ante sí la vida libre y sin complicaciones; eso a que él, quizás inconscientemente, había aspirado siempre.

¿Pesimista? Claro. ¿Quién, que ha tenido esa vida, no había de serlo? Pero cuando se ha leído diez o cien veces a Leopardi se ve que lo que hay en el fondo de su poesía es la inmensa nostalgia de una vida mejor, es la inquietud, la angustia de que resulten vanos todos sus anhelos. La frase que más frecuentemente se encuentra en los poemas de Leopardi es: "¿Por qué?". ¿Por qué no se realiza nada de lo que soñamos? ¿Por qué la vida es tan injusta y no da lo que uno esperó? En el canto de "El pastor errante del Asia" esa angustia adquiere caracteres sublimes, cuando pregunta a la luna, a ella que ve desde lo alto, a través de los siglos, a la humanidad, cómo puede explicar su perenne inquietud. "¿Por qué los ganados que yo guardo, piensa el pastor, yacen quietos y apacibles, sin pedir nada y el ser humano no está tranquilo en ninguna parte?". ¿Por qué no se consigue nunca

plenamente lo que con tal fervor deseamos? ¿Por qué?, ¿por qué?

Y como rasgos reveladores se tropieza de pronto, en sus apuntes privadísimos, con reflexiones que arrojan plena luz sobre su íntima naturaleza. Comentando los hermosísimos versos de "Ricordanze", cuando él dice cómo pensaba ahogar dentro del pozo del jardín paterno sus amarguras y sus tristezas, escribe en la nota del "Zibaldone" de ese día: "No. Ahogarme sí no hubiera podido; creo que si me hubiera tirado al pozo, inmediatamente me habría prendido para volver a salir. Le habría encontrado muchos encantos a la vida". Y cuando en una carta Pietro Giordani, en contestación a una terrible carta dolorida, le dice: "Sí, francamente, hay que morir, hay que morir", reacciona Leopardi y exclama: "No. ¡Eso sí no! Morir antes de hacer una obra, no. Hay que dejar algo. Morir, sí, pero primero hacer algo".

A todo lo largo de su correspondencia, del "Zibaldone", de sus poemas, vibra esa lucha entre sus desgracias personales y los ímpetus íntimos de su corazón y de su espíritu. El primero que advirtió esto fue Francesco de Sanctis, uno de los grandes críticos de Italia: "¿Pesimista sistemático Leopardi?" Jamás. Léanse atentamente — dice él — su correspondencia, su "Zibaldone", sus versos, y se verá que más allá de las hondas tristezas hay un hervor de vida fracasada; hay un despecho tenaz contra la mala suerte. No es el pesimismo seco, profesoral, dogmático, de un Schopenhauer que, a la vez que desarrollaba fríamente su negra filosofía, se divertía como podía. Son los gritos de dolor de una persona como ninguna otra desgraciada, pero que quería vivir y amaba la vida y todas las cosas grandes que ella trae consigo. Por eso fue un gran poeta, uno de los más grandes que haya producido la humanidad.

Pensaba leer algunos versos de Leopardi, pero la gratísima y para mí muy honrosa presencia del señor Embajador de Italia y de muchos italianos, me cohibe; no me atrevo a leer versos italianos ante oídos que podrían sentirse ofendidos. Apenas me permitiré breves citas. Para Carducci la más bella de las poesías de Leopardi es "La tarde del día de fiesta".

En realidad, cuando uno sueña en la hermosura material del verso, en ese algo divino intraducible, piensa en los cuatro primeros versos del poema:

Dolce e chiara è la notte e senza vento,
E queta sovra i tetti e in mezzo agli orti
Posa la luna, e di lontan rivela
Serena ogni montagna...

No se puede llegar más lejos en la evocación de algo íntimamente espiritual en la aparentemente sencilla descripción de una noche de luna.

Y luego, sus íntimos sentires:

Nella mia prima età, quando s'aspetta
Bramosamente il dì festivo, or poscia
Ch'egli era spento, io doloroso, in veglia,
Premea le piume; ed alla tarda notte
Un canto che s'udia per li sentieri
Lontanando morire a poco a poco,
Già similmente mi stringeva il core.

Y no es posible olvidar los versos en que habla del recuerdo y dice:

.....Oh come grato occorre
.....
Il rimembrar delle passate cose,
Ancor che triste, e che l'affanno duri!

* * *

No quisiera terminar las deshilvanadas frases de esta charla, que ojalá haya traducido algo de mi admiración y de mi amor por el poeta, sin dejar vibrando en este recinto ecos de auténtica literatura, no de simple conversación de diletante. He pensado siempre que, entre otras muchas cosas, fue Leopardi el poeta del recuerdo. Un ilustre escritor contemporáneo español, Pedro Salinas, admirable poeta y uno de los mejores críticos de la Península, muerto prematuramente en Puerto Rico y lanzado muchos años ha de su tierra por la iniquidad

imperante, comentando la insuperable elegía de Jorge Manrique en la muerte de su padre, en libro que es joya invaluable de interpretación poética, dice en página hermosísima lo que para el recuerdo es el verso. Con ella voy a terminar mis palabras, para que de esta tarde quede sólo la armoniosa y noble impresión de una prosa esbelta y magistral:

« ¿No será la poesía, siempre y dondequiera, magia consolatoria, consuelo por excelencia que nos tiende, muda, esa figura veladora siempre que es la memoria? La fugacidad de toda cosa, uno de los grandes temas de la Elegía de Jorge Manrique, es, — ¡desde hace cuántos siglos! — el tema de la grande elegía del hombre en la tierra. De tantas quejas salidas a labios humanos, ésta de que todo pasa, es noble entre todas. Queja patricia, pertenece a la más antigua generación de los lamentos. Pero he aquí a la memoria, que lleva mucho poder y detiene a las cosas, las para, y he aquí al poeta, creado a su pecho, en la faena de retener lo fugitivo.

Un poema es algo que quiere no pasar, una resistencia a pasar, que toma hechura de palabras y forma de lenguaje. Cuando la poesía previene su arsenal, apresta sus ritmos, repasa sus metros y manda formar a las rimas, es que está preparando facilidades a la memoria, forjándole áncoras que sujeten los poemas al fondo del tiempo. El poema es recuerdo; estuvo siempre en nosotros, hasta ese día en que se sale de nuestro propio olvido. Apenas palabrado lo siente el que lo escribe como recuerdo decible, aprensible, con aquel misterioso temblor que era antes de nacer. Y cada lector, en su lectura, recuerda al poema que está tendido en el blanco olvido de la página, esperando que lo recuerden.

Patética expresión del sentimiento agónico, entre todos los lenguajes, el lenguaje de la poesía. Su milagro es velarnos entre las formas más ligeras y graciosas, a veces, la angustiosa ansiedad por no morir que le palpita dentro. Más difícil es quedarse en la memoria con catorce renglones de prosa que con un soneto. Y de las redes calculadas y firmes de la forma poética se escapan las alas del tiempo menos rápidas que del párrafo del prosador. La argucia de la métrica, clásica o libre, antigua o moderna, no es primor de artesanía gratuita, es arte de mejor recordar y por eso es camino de salvación. Aparentemente todo eso de los acentos, de las rimas, de los pies medidos y las sílabas contadas, es forma mecánica; pero no, en verdad: son cabos que echa el poeta desde la orilla del tiempo, para que el caudal de los días no se lleve las emociones de su alma, que él quiere poner a salvo. Un poema, por muy pobre de calidad que sea, dura siempre más que la experiencia que resume y que ya fue, ya transcurrió, ya es

pasado, cuando el poema empieza a ser presente. Los poetas siguen estrechados a su memoria, o a su pena.

Y un gran lírico castellano, Garcilaso, iguala el “dolorido sentir” con la existencia misma del alma que lo siente:

No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido ».

EDUARDO SANTOS.